

**“¿ES USTED UN BÁRBARO?”**  
**EL DEBATE DENTRO DEL CATOLICISMO**  
**ACERCA DE LA GUERRA CIVIL A UN LADO Y AL OTRO DE LOS PIRINEOS**

Luisa MARCO SOLA\*

RESUMEN.— En este estudio se pretende poner en paralelo la respuesta de los catolicismos francés y español (con especial referencia al caso oscense) frente a la Guerra Civil. Para ello realizaremos un recorrido por los pensadores e hitos más relevantes de este debate ideológico sobre la legitimidad del golpe de Estado, analizada según los preceptos de la doctrina cristiana.

ABSTRACT.— In the present study we aim at presenting parallel responses of French and Spanish Catholicism to the Spanish Civil War, paying especial attention to what happened in Huesca. To get that, we will analyse the most outstanding thinkers and landmarks of this ideological debate regarding the legitimacy of the Coup d'Etat, analysed following the precepts of the Christian Doctrine.

AL NORTE DE LOS PIRINEOS

Primera pregunta: ¿Cree usted que la verdad depende, no de lo que es en sí, sino de lo que es más útil en un momento determinado para lo que usted considera el discorrir de la historia, o la misión de la raza, o el destino de la nación, y que, de hecho, se identifica con los intereses de su Partido o con sus Anhelos?

---

\* Historiadora. C. e.: [luisamsola@hotmail.com](mailto:luisamsola@hotmail.com).

Este artículo es resultado de la Ayuda de Investigación que me fue concedida por el IEA en el curso 2006-2007.

Segunda pregunta: ¿Piensa usted que ha de estar permitido, para afirmar unos principios o aplicar un plan ya sea de revolución social o de renovación social, matar a un hombre inocente (inocente de cualquier otro crimen que no sea el de no creer en esos principios o el de no servir a ese plan)?

Tercera pregunta: ¿Está usted de acuerdo, principalmente teniendo en cuenta las condiciones en que se encuentran las naciones hoy, con que la guerra (guerra entre naciones o guerra civil) sea considerada aceptable, no solamente en caso de legítima defensa, sino deliberadamente buscada y provocada como medio intrínsecamente bueno de realización política?

Supongo que responderá con franqueza a estas tres cuestiones. Si ha respondido “sí”, usted deberá ser considerado un bárbaro.<sup>1</sup>

En estos términos concluía Jacques Maritain un artículo publicado en 1937 en el semanario de los dominicos en Francia, *Sept*. El debate en torno a la legitimidad de la Guerra Civil, principalmente en lo referente a la encendida participación de la jerarquía eclesiástica peninsular, había puesto en jaque la ya difícil cohesión de los intelectuales católicos franceses, que intercambiaban elogios y reprimendas a la “Nueva España” de Franco en la prensa gala. En medio de esta polémica, Maritain había logrado erigirse como uno de los mayores protagonistas del duelo intelectual al enfrentarse frontalmente con la postura defendida por su antaño amigo Charles Maurras, de quien hablaremos más adelante.

Jacques Maritain, nacido en 1882, se había convertido al catolicismo tardíamente, tras haber recibido una educación marcadamente racionalista y protestante. Ya en su primer libro, publicado bajo el epígrafe “Primacía de lo espiritual” en 1927, Maritain incidía en la necesaria independencia de la Iglesia respecto de cualquier poder o adscripción política. En años sucesivos, la publicación de *Del régimen temporal y de la libertad* (1933), de *Carta sobre la Independencia* (1935) y, sobre todo, de *Humanismo integral* (1936) lo consagrarían como uno de los grandes pensadores católicos europeos.

Su pensamiento en lo referente a la Guerra Civil giraría fundamentalmente en torno a tres ejes: el repudio al uso de la guerra como prevención, en primer lugar; en segundo, la negación del mito de la “Cruzada” y de la consideración del enfrentamiento como una “guerra santa”; y, por último, la lucha contra el comunismo a través de la convicción y la caridad cristiana. Argumentos todos ellos radicalmente antagónicos de los defendidos por la Iglesia y el catolicismo peninsulares.

---

<sup>1</sup> MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, París, Éditions Saint-Paul, 1984, pp. 1142-1143 (traducción de la autora).

En marzo de 1937 plasmaría por primera vez<sup>2</sup> de modo oficial esta postura en el manifiesto fundacional del llamado “Comité por la Paz Civil y Religiosa en España”. Tal Comité decía responder al llamamiento de un sector de españoles residentes en Francia<sup>3</sup> y se declaraba independiente de toda postura política particular. Asimismo, renegaba de la consideración del enfrentamiento como una guerra religiosa, consideración que, en su opinión, agravaba un conflicto sobre todo social<sup>4</sup> y político.<sup>5</sup>

Los firmantes aventuraban dos posibles salidas a la contienda. Por un lado, que uno de los dos oponentes se impusiera sobre el otro, en cuyo caso exigían el respeto de los derechos humanos en el trato a los perdedores.<sup>6</sup> Por otro, en caso de que ninguno de los contrincantes lograra la victoria, el Comité propugnaba una mediación de la comunidad internacional para asegurar que el pueblo español tuviera la oportunidad de expresar su voluntad y elegir libremente la forma de gobierno que les regiría. De hecho, es precisamente ese escrupuloso respeto a la voluntad de los españoles la idea que preside todo el manifiesto, evitando en todo momento decantarse por ninguno de los beligerantes.<sup>7</sup>

Casi de forma contemporánea, en julio de 1937, aparecía la más elaborada argumentación de Maritain a tenor del conflicto peninsular: “En los orígenes de una trage-

<sup>2</sup> Si bien es cierto que los postulados de Maritain ya habían sido concretados en un artículo titulado “Un grito de alarma” a comienzos de 1937, su autoría no resulta del todo clara. El texto sería, no obstante, suscrito por el catolicismo francés de centro-izquierda, en el que destacan nombres como Hoog o Fumet entre los adherentes.

<sup>3</sup> “Para responder a la llamada que nos ha sido dirigida por parte de cierto número de españoles residentes en Francia, hemos pensado que era necesario fundar un Comité Francés por la Paz Civil y Religiosa en España; queremos de este modo testimoniar nuestra profunda adhesión al pueblo español, y tratar, en la medida en que eso sea posible para unos extranjeros, de contribuir a la resolución del conflicto que ensangrienta España. Esperamos que se fundarán en otros países comités similares”, MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, cit., p. 1122 (traducción de la autora).

<sup>4</sup> Esta visión de la guerra española como eminentemente social, incidiendo en la extrema pobreza del pueblo como detonante, sería defendida también por Georges Hoog en su libro *Le drame de l'Espagne. Croisade Morale ou Guerre Sociale? Témoignages et documents*, París, La Jeune République, 1937.

<sup>5</sup> “El carácter de guerra de religión que, desde ambos bandos, ha adquirido el conflicto armado español, y que añade nuevos odios a los odios propios de una guerra civil sobre todo social y política (y, por añadidura, internacional), dificulta todavía más la labor”, MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, cit., p. 1124 (traducción de la autora).

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 1126.

<sup>7</sup> Hasta tal punto defendió su neutralidad que no dudó en responder de inmediato al sacerdote argentino Meinville, que en la revista *Criterio* lo caracterizó como “suavemente inclinado hacia la España comunista”, negando tajantemente tal afinidad. Véase TUSELL, J., y G. GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *El catolicismo mundial y la guerra de España*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1993, p. 105.

dia. La política española de 1923 a 1936”. El texto, que debía servir de prólogo para el libro del profesor español Alfredo Mendizábal,<sup>8</sup> apenas se refería a este, sino que optaba por adentrarse en lo que en su opinión eran las raíces profundas de la crisis ibérica. Allí, Maritain esgrimía la profunda división de la sociedad española y la incapacidad de los sucesivos gobiernos para lograr reformas graduales como los verdaderos desencadenantes de la lucha.

La denuncia sobre la situación en España se vuelve más incendiaria que nunca. Gira en primer término en torno a la inusitada crueldad empleada tanto por el bando franquista —“Los testimonios que empiezan a llegar sobre el terror blanco y lo que ya conocíamos llevan a pensar que ha alcanzado [la guerra] un nivel de crueldad y de desprecio por la existencia humana inusitadamente elevados”—<sup>9</sup> como por las alarmantes cotas cosechadas por la persecución anticlerical en zona republicana, que él cifra en 16 000 víctimas.<sup>10</sup>

Sin embargo, su crítica más encendida la dedica al uso de la religión como pretexto: “En el nombre de la guerra santa enarbola todos los signos y estándares de la religión, la cruz de Cristo brilla como un símbolo de guerra por encima de la agonía de los fusilados; y ni el corazón del hombre ni su historia pueden permitir eso”.<sup>11</sup> En consecuencia, toda argumentación religiosa sobre esta consistiría en la manipulación de un fenómeno —la guerra— totalmente antagónico a la doctrina cristiana católica.

A pesar de ello, no obstante, lo que Maritain considera una predisposición ibérica a teñir todo conflicto de guerra santa<sup>12</sup> no sería patrimonio de un único bando:

---

<sup>8</sup> Mendizábal era un profesor de Derecho de ideas muy cercanas al “humanismo integral” propugnado por Maritain, lo que le llevaría a tomar parte en las acciones del “Comité por la Paz Civil y Religiosa”. Sobre su figura véase GIL CREMADES, J. J., *Filosofía del Derecho y compromiso político: Alfredo Mendizábal (1897-1981)*, Madrid, AFD, 1987.

<sup>9</sup> MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, cit., p. 1248.

<sup>10</sup> Tal cifra sería, no obstante, excesiva. Montero Moreno, en el estudio más exhaustivo de la persecución religiosa con que contamos, establece la cifra de 6832, en MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1961. Y, para el caso aragonés, resulta imprescindible SALOMÓN CHÉLIZ, M<sup>a</sup> P., *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, PUZ, 2002.

<sup>11</sup> MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, cit., pp. 1248-1249.

<sup>12</sup> Concretamente, esta sería atribuible para él a la “disposición del temperamento histórico de un pueblo”. Véase MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, cit., p. 1249.

De igual manera que el mito de la Revolución, tal y como se elaboró en las escuelas socialistas y anarquistas del siglo XIX, puede ser considerado como una transposición laicizada de la antigua idea de Cruzada, habrá que decir que los milicianos rojos hacen también su guerra santa.<sup>13</sup>

Maritain, igualmente, renegaba a la vez de dos de las grandes construcciones discursivas de la Guerra Civil: por un lado, negaba la inevitabilidad del conflicto armado al afirmar que la guerra “no es una solución sino a la manera de los males supremos”;<sup>14</sup> por otro, ponía en entredicho que se hubiera recurrido a la legítima defensa, argumento esgrimido con posterioridad por el Episcopado peninsular:

Los que se deciden a ella en nombre del principio pagano de la guerra preventiva y sin haber agotado todos los demás medios de resistencia, se privan de la única excusa que una guerra pudiera encontrar, la de la legítima defensa.<sup>15</sup>

Esta idea, la de la legítima defensa, es precisamente la piedra de toque fundamental del debate. El núcleo de toda la controversia: ¿ejercía la Iglesia católica española su derecho a la legítima defensa al apoyar al bando franquista?

### *La legitimidad de la lucha: núcleo del debate*

El problema de la legitimidad del alzamiento era, sin remisión, consustancial al bando nacional en su totalidad. Hasta tal punto que Juan Pablo Fusi lo etiqueta como “el gran problema de Franco”.<sup>16</sup> A nadie se le escapaba que luchaban contra un Gobierno salido de las urnas, garante, por lo tanto, de la soberanía nacional. Junto con ello, el golpe de Estado rápido que los golpistas previeron en un primer momento<sup>17</sup> había fracasado, derivando en una guerra civil en la que una de las batallas más decisivas iba a ser la ideológica. La consecución de argumentos sostenibles se perfilaba como prioridad

<sup>13</sup> MARITAIN, J., *Œuvres complètes*, cit., p. 1251.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 1248.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 1249.

<sup>16</sup> FUSI, J. P., *Franco. Autoritarismo y poder personal*, Madrid, El País, 1985.

<sup>17</sup> Hay que tener en cuenta la cercanía del golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera (1870-1930) en 1923, que contó con el beneplácito de Alfonso XIII (1886-1931). Tras suspender las libertades públicas, instauraría, en un primer momento, un directorio militar que en 1925, tras la pacificación de Marruecos, dejaría paso a una dictadura civil hasta 1930, en que se vería obligado a dimitir y a exiliarse.

absoluta. El Caudillo en persona exteriorizaba tal interés a principios de 1939 en uno de sus discursos: “solo quiero decir que no deseo solamente vencer sino también convencer. Es más: no me interesa de ninguna manera vencer sin convencer”.<sup>18</sup> La entrada en escena de la religión significaría un punto y final en sus inquietudes. Lo sagrado, una vez más en la historia de la Península, presidiría el discurso de la “Nueva España”.

Sin embargo, el apoyo de las jerarquías eclesiásticas al uso de la violencia proporcionaba no pocos problemas morales y doctrinales ante el catolicismo internacional. El recurso, desarrollado en la *Carta colectiva*, al “derecho a la resistencia activa” formulado por santo Tomás de Aquino, sería ampliamente tratado por los círculos intelectuales cristianos europeos. Uno de los primeros sería el semanario *Sept*, que en fecha tan temprana como el 21 de agosto de 1936, apenas un mes después del golpe y muy anteriormente a la publicación de la misiva de los obispos, apuntaba:

La sedición es una lucha colectiva violenta contra un gobierno. Tal lucha paraliza o pretende paralizar completamente la acción gubernamental. Si teóricamente puede ser legítima contra un gobierno en el que la tiranía ha alcanzado un nivel tal que todo ciudadano puede considerarse en un muy grave peligro; en la práctica hay que decir que, de modo general, toda sedición propiamente dicha es ilegítima, ya que la anarquía y el desorden que engendra son siempre mucho peores que los males que intenta remediar.<sup>19</sup>

Medio año más tarde, ya en 1937, veía la luz en París un folleto titulado “La Religión en la España de Franco”, que recopilaba las argumentaciones de las plumas más notorias del cristianismo europeo que se hubieran referido a la “Cruzada” española. En él, tras cuestionar el papel jugado por el Episcopado español hasta el momento,<sup>20</sup> se condenaba tajantemente el uso de la religión en la lucha:

Tanto el totalitarismo, como el paramilitarismo y la religión entendida como un medio de reconstrucción nacional y puesta al servicio de un Estado-Dios son expresa-

<sup>18</sup> TUSELL, J., *La dictadura de Franco*, Madrid, Cátedra, 1988.

<sup>19</sup> *Sept*, 21 de agosto de 1936 (traducción de la autora). Estos fondos son accesibles en la Biblioteca Nacional de París.

<sup>20</sup> “Ni esta oración [se refiere a un padrenuestro franquista creado y publicado por Isidoro Rodríguez Álvarez] ni ninguno de los hechos relatados en este libro han sido objeto de la más mínima reprobación del Episcopado español. ¿Será que no vale la pena ocuparse de tales puerilidades y que los obispos reservan su censura para cosas más importantes?”, *La Religion dans l'Espagne de Franco*, París, Édition des Archives Espagnoles, 1937, p. 72 (traducción de la autora).

mente condenadas por la Iglesia en diferentes encíclicas, pero especialmente en *Reppresentanti in terra, Non abbiamo bisogno, Mit brennender Sorge, Divini Redemptoris* y *Quadragesimo Anno*, de Pío XI.<sup>21</sup>

A este respecto, habría que señalar que, si bien Pío XI había dejado entrever sus discrepancias con la *Carta colectiva* al impedir su publicación en las *Acta Apostolicae Sedis* (diario oficial vaticano en la práctica), su silencio al respecto acabó resultando, en cierto modo, una aprobación.

Se reproducía también en dicho folleto el artículo publicado por el abad Leclercq en la revista canadiense *Social Forum* en agosto de 1936. En él, Leclercq planteaba a través de metáforas la desazón que le producía el incierto futuro de la situación en España:

Suponiendo una victoria fascista, ¿serían las perspectivas más claras? El Cristo en la Cruz posee una dignidad y un poder moral que ningún odio marxista puede empequeñecer. Pero Cristo al servicio de un Estado Totalitario, donde la libertad de culto fuese garantizada para apartar la miseria del espíritu de los pobres, pero estuviese prohibido abrir la boca contra la violencia, la injusticia [...], sería un espectáculo susceptible de romper el corazón de todo verdadero cristiano.<sup>22</sup>

En esta misma línea se pronunciaba el diario belga *La Terre Wallonne*, aunque de modo mucho más radical, en contra de la utilización de simbolismos cristianos en la contienda:

Que se pretenda dar a una insurrección un carácter religioso, que se canonicen la guerra bajo el nombre de Cruzada, es absolutamente intolerable, por el bien de la verdad y por el bien de la Iglesia.<sup>23</sup>

Charles Maurras marcaba el contrapunto a estas tesis en su trabajo *Vers l'Espagne de Franco*. Su libro se basaba en un viaje realizado por el autor a la zona nacional, motivado por la “guerra filosófica y religiosa que se había instituido en la prensa francesa”, que según él trataba de “quién relataba los mayores horrores de uno u otro

---

<sup>21</sup> *La Religion dans l'Espagne de Franco*, cit., p. 73 (traducción de la autora).

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> *La Terre Wallonne*, noviembre de 1936. Véase *La Religion dans l'Espagne de Franco*, cit., p. 73 (traducción de la autora).

frente español”.<sup>24</sup> De hecho, la Action Française<sup>25</sup> de Maurras había sido de los primeros movimientos en enviar corresponsales al otro lado de los Pirineos. La nostalgia de los tiempos monárquicos que hasta ese momento había sido denominadora de su programa —junto con cierto romanticismo antidemocrático— parecía ver realizados sus anhelos en el alzamiento militar peninsular.

La extrema violencia de la confrontación, que Maurras no negaba, vendría a su parecer motivada por la propia naturaleza del ser hispano: “el español es ibero-ligur-greco-latino,<sup>26</sup> pero también godo al igual que sarraceno. Ello nos puede explicar ciertas violencias y durezas”.<sup>27</sup>

A pesar de constatar esta circunstancia, sí perfilaba Maurras una filiación muy clara hacia el bando nacional, hasta llegar a afirmar que la guerra española no era una guerra civil, sino un capítulo más de la lucha contra el comunismo.

#### AL SUR DE LOS PIRINEOS

Frente a todos ellos, el catolicismo peninsular había logrado cerrar filas de modo oficial y rotundo. La *Carta colectiva* llegó a todos y cada uno de los rincones del mapa de la cristiandad, en un intento no siempre logrado de acallar los ecos de una disidencia cada vez más mordaz. Bajo un título más que definitorio —*Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la Guerra de España*—, la epístola veía la luz en agosto-septiembre de 1937 de la mano de sus tres progenitores: Isidro Gomá, cardenal-primado de Toledo; Enrique Pla y Deniel, obispo de Salamanca, y Eijo Garay, obispo de Alcalá-Madrid.

El original llevaba fecha de julio, aunque su publicación se retrasó en un último intento de adherir a la causa a aquellos obispos que todavía no se habían plegado a sus-

---

<sup>24</sup> MAURRAS, C., *Vers l’Espagne de Franco*, París, Éditions du Livre Moderne, 1943, p. 87 (traducción de la autora).

<sup>25</sup> Sobre Action Française véase WEBER, E., *Action Française*, París, Cana.

<sup>26</sup> Los intentos españoles de definir una raza hispana a imitación de la Alemania nazi también habían resultado más que complicados. Así, cuando el psiquiatra filonazi Antonio Vallejo-Nájera, director del Departamento de los Servicios Psiquiátricos del Ejército de Franco, intentaba determinarla, había de hacerlo bajo el apelativo de “raza hispano-romana-gótica”, ante la imposibilidad de una aproximación más ajustada. Véase CASANOVA, J.; F. ESPINOSA, C. MIR y F. MORENO GÓMEZ, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 11.

<sup>27</sup> MAURRAS, C., *Vers l’Espagne de Franco*, cit., p. 90.



cribirla. Asimismo, la demora les aseguraba que la *Carta colectiva* estaría en manos de los obispos extranjeros destinatarios antes de aparecer en la prensa general.

Pero ¿de quién partió la iniciativa de redactar la *Carta colectiva*? Para gran quebradero de cabeza del cardenal-primado, que intentaría negarlo por todos los medios a posteriori, el verdadero padre de la *Carta* había sido el mismísimo general Franco en persona.<sup>28</sup> Paradójicamente, el documento que santificaba la “Cruzada” en nombre de la Iglesia había partido de una iniciativa del poder civil. Consciente ya de que el conflicto se dirimiría en un tablero internacional, el Caudillo había exigido al Episcopado una implicación oficial y sin fisuras frente a los empaques de los que era objeto por parte del catolicismo internacional. Si no lograba que la Iglesia española enarbolara de modo público la bandera de la “Cruzada”, corría un serio peligro de perder la guerra propagandística que sostenía más allá de nuestras fronteras. A tal efecto, Gomá iniciaría sin demora una ronda de consultas a todos los prelados españoles, que recibirían ya en mayo una copia del manuscrito. Todos la firmarían. Excepto cuatro.<sup>29</sup>

De estos, dos no lo harían únicamente por verse imposibilitados por motivos diversos<sup>30</sup> y que nada tienen que ver con un rechazo a los contenidos de la misiva. Otros dos, no obstante, se significarían negándose en rotundo a suscribirla por motivos ideológicos. Ambos pagarían su deserción con el exilio.

Uno de ellos fue el vasco Mateo Múgica Urrestarazu, obispo de Vitoria. Profundamente nacionalista, había sido obligado por la Junta de Defensa, tras sufrir varios escarnios públicos, a exiliarse a Italia. Desde allí denunciaría el bombardeo de Guernica ante las autoridades vaticanas. Tras todo esto, no podía sino negarse a firmar la *Carta colectiva*.

---

<sup>28</sup> El cardenal Gomá así lo confirmaba en la misiva enviada a los metropolitanos el 15 de mayo de 1937: “ el General Franco me pide que el Episcopado español redacte un documento en que se den, con toda objetividad, las características de nuestra guerra y del movimiento nacional que la sostiene. Por patriotismo, por los fueros de la verdad, por espíritu de proselitismo religioso y por otras razones que no se ocultará a V. E., mi parecer es que conviene secundar la indicación del jefe del Estado, suponiendo que no tenga inconveniente para ello la Santa Sede”, en PALACIOS, J., *La España totalitaria. Las raíces del franquismo: 1934-1946*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 119-120.

<sup>29</sup> Hilari Ragner añade un quinto disidente: el cardenal Segura. Este recibiría el manuscrito en su residencia de Roma, si bien nadie contaba con su firma al ser cardenal dimisionario de Toledo. En RAGUER, H., *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Barcelona, Península, 2001.

<sup>30</sup> Torres Ribas, obispo de Menorca, se encontraba incomunicado en la zona republicana. Los motivos del prelado de Orihuela-Alicante, Javier de Irastorza Loinaz, donostiarra de origen, permanecen como un interrogante, si bien el más destacable sería su exilio en Londres durante casi toda la guerra, aunque algunos autores apunten a su profundo nacionalismo vasco.

El más encendido en su negativa fue, no obstante, Vidal i Barraquer, obispo de Tarragona. Hombre de una enorme popularidad, formaba parte del floreciente clero liberal que surgió en Cataluña en los años veinte y treinta, a años luz de sus correligionarios peninsulares. Detenido al comenzar la guerra por las milicias anarquistas anticlericales, la Generalitat le salvó la vida y le facilitó la huida a Italia. Fue allí desde donde expresó sus reticencias al documento de los obispos, las cuales pasaban tanto por su rechazo a permitir que el poder civil interviniera en asuntos eclesiásticos como por su miedo a que la *Carta colectiva* pudiera empeorar la situación de los sacerdotes que se encontraban en la zona republicana. El papel de la Iglesia debía ser, a su parecer, el de mediadora entre los bandos, sin implicarse jamás de parte de ninguno de ellos.<sup>31</sup>

Adentrándonos en los contenidos de la *Carta colectiva*, esta significó, pues, la consagración de la interpretación religiosa del conflicto. Pero con una gran paradoja: en ningún momento habla de “Cruzada” ni de “Guerra Santa”. A pesar de que tanto Pla y Deniel como Gomá ya la habían etiquetado como tal en escritos anteriores,<sup>32</sup> aquí se contentaban con calificarla de “plebiscito armado”,<sup>33</sup> reflejando así el apoyo popular con que, según ellos, contaba el golpe de Estado. Este alzamiento habría tenido lugar llevado por dos únicas motivaciones: el patriotismo y la defensa de la religión católica.<sup>34</sup>

---

<sup>31</sup> Vidal i Barraquer nunca pudo regresar a su Diócesis, vetado por el Gobierno franquista. Las represalias, sin embargo, no terminarían allí: el régimen llegó incluso a filtrar a la prensa extranjera el bulo de que el prelado había sido ingresado en un hospital psiquiátrico por problemas mentales, en un intento de borrar la mancha que la disidencia de Vidal i Barraquer significaba para la “Nueva España” en construcción.

<sup>32</sup> Especialmente significativa al respecto fue la Carta Pastoral de Cuaresma de 1937, de Isidro Gomá, “La Cuaresma de España. El sentido cristiano-español de la guerra”. En ella ya encontrábamos una visión sobrenatural de la guerra como un capítulo más del secular enfrentamiento maniqueo entre el bien y el mal.

<sup>33</sup> “La guerra es, pues, como un plebiscito armado. La lucha blanca de los comicios de febrero de 1936, en la que la falta de conciencia política del gobierno nacional dio arbitrariamente a las fuerzas revolucionarias un triunfo que no habían logrado en la urnas, se transformó, por la contienda cívico-militar, en la lucha cruenta de un pueblo partido en dos tendencias: la espiritual, del lado de los sublevados, que salió a la defensa del orden, la paz social, la civilización tradicional y la patria, y muy ostensiblemente, en un gran sector, para la defensa de la religión; y de la otra parte, la materialista, llámese marxista, comunista o anarquista, que quiso sustituir la vieja civilización de España, con todos sus factores, por la novísima ‘civilización’ de los soviets rusos”. De la “Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la guerra en España”, *Boletín Eclesiástico del Obispado de Huesca* (agosto de 1937), p. 180.

<sup>34</sup> “Afirmamos que el levantamiento cívico-militar ha tenido en el fondo de la conciencia popular un doble arraigo: el del sentido patriótico, que ha visto en él la única manera de levantar a España y evitar su ruina definitiva; y el sentido religioso, que lo consideró como la fuerza que debía reducir a la impotencia a los enemigos de Dios, y como la garantía de la continuidad de su fe y de la práctica de su religión”, en la *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la Guerra en España*, *Boletín Eclesiástico del Obispado de Huesca* (agosto de 1937), p. 182.

Frente a quienes luchaban por estos principios, que serían intrínsecos al verdadero ser español, aquellos que no podrían ser considerados españoles y que no duda en calificar de “forasteros”.<sup>35</sup> Junto con esta insistencia en su alteridad, volvemos a encontrar, por otro lado, una etiqueta ya común para definir al bando gubernamental en los círculos nacionales: “los enemigos de Dios”<sup>36</sup> (o también “los Sin-Dios”), en referencia a las persecuciones anticlericales y las persistentes quemadas de iglesias y símbolos religiosos que continuaban teniendo lugar en la zona republicana.

Los motivos que habían llevado al Episcopado a redactarla, no obstante, no aparecían tan claros en la *Carta colectiva* como lo habían hecho en la carta enviada por Gomá a los obispos en la ronda de consultas emprendida el mayo anterior. En ella apuntaba, sin ningún género de dudas, a la acción de la prensa extranjera en contra de la “Cruzada”, y en la necesidad de dar una respuesta a aquella. Además, incidía en el papel jugado por la prensa católica en el extranjero, en especial los casos de Inglaterra, Bélgica, y, como no podía ser menos, Francia.<sup>37</sup>

En la *Carta colectiva* se ocuparon de responder a tales críticas, defendiendo la toma de posición de la Iglesia española como inevitable y apropiada.<sup>38</sup> Quedaba consagrada, con ella, la bendición de la Iglesia a la causa franquista. La guerra, oficialmente ahora, se transformaba en una “Nueva Cruzada”.

---

<sup>35</sup> “La patria implica una paternidad, es el ambiente moral, como de una familia dilatada, en que logra el ciudadano su desarrollo total, y el movimiento nacional ha determinado una corriente de amor que se ha concentrado alrededor del nombre y de la sustancia histórica de España, con aversión de los elementos forasteros que nos acarrearon la ruina”, en la *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la Guerra en España*, *Boletín Eclesiástico del Obispado de Huesca* (agosto de 1937), p. 188.

<sup>36</sup> *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la Guerra en España*, *Ibidem*, p. 183.

<sup>37</sup> “La opinión extranjera sobre la actual contienda de España nos es generalmente adversa debido a la acción de la prensa. Hasta los periódicos católicos, en número no escaso, han contribuido a falsear los hechos trascendentales que en nuestra patria ocurren, causándonos gravísimo daño. Malquerencias antiguas, prejuicios políticos, conveniencias de partido, el soborno, empleado en gran escala, han producido este fenómeno de desviación intelectual, especialmente en Europa y especialísimamente en Inglaterra, Francia y Bélgica”, en “Escrito reservado a los metropolitanos, de 15 de mayo de 1937”, PALACIOS, J., *La España totalitaria. Las raíces del franquismo: 1934-1946*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 119-120.

<sup>38</sup> “Se le imputa a la Iglesia la nota de temeridad y partidismo al mezclarse en la contienda que tiene dividida a la nación. La Iglesia se ha puesto siempre del lado de la justicia y de la paz y ha colaborado con los poderes del Estado, en cualquier situación, al bien común. [...] Situada por encima de todos y de todo, ha cumplido sus deberes de adoctrinar y exhortar a la caridad”, en la *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la Guerra en España*, *Boletín Eclesiástico del Obispado de Huesca* (agosto de 1937), p. 190.

Entre los obispos que sí firmaron la *Carta colectiva* se encontraba el de Huesca, don Lino Rodrigo Ruesca. Hombre no especialmente encendido en sus manifestaciones, sí se mostró escrupulosamente respetuoso con la jerarquía.

Vivió la publicación de la *Carta colectiva* desde su exilio en la parroquia de Santa Engracia de Zaragoza, su residencia “accidental” tras haber sido bombardeado el palacio episcopal de Huesca.<sup>39</sup> Allí pasaría casi toda la contienda, lo que le acarrearía no pocas críticas de parte de los católicos oscenses, que tardarían en perdonarle lo que para ellos era simplemente cobardía.<sup>40</sup> Allí, en Santa Engracia, recibió la consulta de Gomá sobre la posible publicación de un documento colectivo de todos los obispos, a lo que contestaría de modo más que positivo:

[...] Me parece oportunísima la iniciativa de publicar un Documento colectivo del Episcopado, acomodado a los actuales momentos. Sería conveniente e indudablemente de gran provecho y eficaz orientación para todos, a los que se haría ver una vez más la conveniencia de insistir en el carácter sobrenatural de la Iglesia y en la supremacía de su fin, con la consiguiente libertad para usar de los medios necesarios. Desde luego, descanso plenamente en el superior juicio de S. Emcia. acerca de todos los extremos referentes a este punto.<sup>41</sup>

En consecuencia, estamparía su firma en la *Carta colectiva* una vez esta estuvo redactada.

### *El catolicismo oscense*<sup>42</sup>

Don Lino no estaba solo en tales posturas. Era únicamente punta de lanza de un grupo, el de los intelectuales católicos altoaragoneses, prolijo y militante.

<sup>39</sup> Él mismo se lo comunica a Isidro Gomá en una carta enviada el 20 de enero de 1937: “[...] resido ahora en la Casa Parroquial de Sta. Engracia, Castellano 1, en donde el Prelado de Huesca dispone de un piso para su estancia en Zaragoza. De momento no puedo habitar el Palacio Episcopal de Huesca por su estado”. “Carta de D. Lino Rodrigo, obispo de Huesca, contestando a la suya del 17 de enero”, en el Archivo Gomá, sección 1ª, legajo C, carpeta IV, documento 4.

<sup>40</sup> Damián Peñart y Peñart matiza este extremo: “El retiro del obispo Lino a Zaragoza durante el asedio le acarreó cierta incompreensión en el pueblo oscense”, en PEÑART Y PEÑART, D., “Episcopologio de Huesca”, *Aragonia Sacra*, XVI-XVII (2001-2003), p. 21.

<sup>41</sup> “Carta de D. Lino Rodrigo, obispo de Huesca, en contestación a la circular sobre posible documento colectivo”, 2 de marzo de 1937, en Archivo Gomá, sección 1ª, legajo C, carpeta IV, documento 4.

<sup>42</sup> Véase el reciente libro de MARCO SOLA, L., *Sangre de cruzada: el catolicismo oscense frente a la Guerra Civil (1936-1939)*, Huesca, IEA, 2009.



*Trincheras en el paseo de Ramón y Cajal de Huesca.  
(Fototeca de la Diputación de Huesca, Fondo Diego Quiroga)*

El excepcional desarrollo de la guerra en Huesca, asolada por la crudeza de un sitio que la dejó exhausta, radicalizó posiciones. Igualmente, la dureza de la situación tiñó la cotidianidad de religión, que actuaría como bálsamo para los miles de oscenses expuestos al hambre, las enfermedades y los continuos bombardeos.

En el momento del golpe, en Huesca capital el apoyo a los golpistas por parte del Ejército fue unánime.<sup>42</sup> Sin embargo, contando únicamente con el Cuartel General de la Brigada de Infantería, la Caja de Reclutas nº 32 y el Regimiento de

---

<sup>42</sup> Hay que puntualizar que la adhesión de la plaza al levantamiento se había firmado mucho antes. El 7 de julio había tenido ya lugar en el Casino una reunión “en la cumbre” entre Gregorio de Benito (gobernador militar de Huesca), el coronel José Villalba (comandante militar de Barbastro), el comandante Cebollero y el general Miguel Cabanellas, cabeza en jefe de la Quinta División Orgánica, que viajó al Alto Aragón para garantizarse su apoyo en el golpe en ciernes. Paradójicamente, se mostrará especialmente partidario del alzamiento el coronel Villalba, que llegado el momento se unirá al bando gubernamental.



*Efectos de los bombardeos en el teatro Olimpia.  
(Fototeca de la Diputación de Huesca, fondo Vicente Plana)*

Infantería Valladolid nº 20,<sup>43</sup> la dotación de la guarnición no excedía los quinientos hombres, cantidad más que insuficiente para garantizar la plaza. Fuera de toda previsión, los sindicatos oscenses declararon la huelga general en respuesta, tras el fracaso de la cual huirían a los alrededores de la ciudad para organizar su sitio. Los bombardeos sobre la capital comenzarían, sin más dilación, el día 21. Carente de recursos y de defensa antiaérea, los sucesivos bombardeos del 23, 24 y 27 del mismo mes aumentarán sin concesiones el cómputo de víctimas. El cerco acabará de clausurarse a principios de septiembre, cuando las tropas del coronel Villalba corten

---

<sup>43</sup> De dicho regimiento contamos con abundantes datos gracias a que ha llegado hasta nosotros el manuscrito mecanografiado, "Regimiento de Infantería Valladolid nº 20. Historial del Cerco Sufrido durante el Glorioso Alzamiento Nacional por las dos veces Heroica, Leal e Invicta Ciudad de Huesca".





*Desfile militar para celebrar la victoria franquista a la altura de los Porches de Galicia.  
(Fototeca de la Diputación de Huesca, fondo Vicente Plana)*

la única salida que le quedaba a Huesca, la de Jaca, y se produzca la toma de Qui-cena y Tierz, que la incomunicaría con Barbastro. Tal situación, insostenible en muchos momentos, se prolongaría hasta completar los veinte meses, en lo que Franco definiría como “el más largo asedio que haya soportado ciudad alguna española a lo largo de la guerra”.

Todas estas circunstancias incidirán en que la actitud de los católicos en todo lo referente a la guerra se radicalice y que la respuesta a las críticas extranjeras fuese en esta tierra temprana y especialmente encendida.

En el mismo año 1937, Juan de la Cruz Martínez se hacía eco desde Zaragoza de lo escrito en la prensa gala, quien se proponía “responder con las mismas armas a

la infame propaganda roja que siembra el desconcierto en el extranjero, aun entre los católicos”.<sup>44</sup> La actitud de estos pensadores resultaba a su parecer inaudita:

¡Quién lo dijera! Parece increíble que espíritus que quieren presentarse desapasionadamente, o duden de la legitimidad de nuestra empresa o disculpen y aplaudan a los rojos, como si fueran ellos los mantenedores de legítimos poderes y los defensores del pueblo contra la tiranía capitalista,

si bien la solución se le antojaba mucho más evidente:

Es menester, por lo visto, haber vivido algún tiempo en zona roja —y no en embajadas, sino a merced de las fieras marxistas— para creer lo que publica la España de Franco sobre el carácter y actuación de sus enemigos; o ponerse en contacto con los combatientes nacionales o con sus ciudades de retaguardia para persuadirse de que allí es donde reina el orden, la paz y todas las virtudes ciudadanas.<sup>45</sup>



*Bendición de los campos en Siétamo.  
(Fototeca de la Diputación de Huesca)*

<sup>44</sup> MARTÍNEZ, J. de la C., *¿Cruzada o Rebelión? Estudio histórico-jurídico de la actual guerra de España*, Zaragoza, La Académica, 1937, p. 7.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 7.



También, concluyendo, los motivos para tal deformación le parecían obvios:

Al leer cierta prensa extranjera se hace uno la ilusión de que reviven envidias y odios trasnochados contra la legítima España, y se prefieren las tinieblas que acarician estas bajas pasiones a la luz que obligaría a rectificar conductas con hermanos de religión.<sup>46</sup>

De este modo, en su libro *¿Cruzada o Rebelión?* se ocupaba de argumentar, basándose en las doctrinas y tradiciones del catolicismo y aludiendo desde Balmes a santo Tomás, que la guerra era, de pleno derecho, una “Cruzada” y no una “Rebelión”, como se aducía desde fuera de nuestras fronteras.

Ya en la capital oscense propiamente, Cirilo Martín Retortillo se erigió en una de las plumas más fecundas del catolicismo altoaragonés dedicando varios libros a la cuestión de la legitimidad.



*Rogativa a la Virgen de los Dolores de Monflorite. (Fototeca de la Diputación de Huesca)*

<sup>46</sup> MARTÍNEZ, J. de la C., *¿Cruzada o Rebelión?*, cit., p. 8.

El primero de ellos, publicado en 1938, *Huesca Vencedora. Algunos episodios de su heroica defensa*, comienza con una dedicatoria más que sugerente:

A los hombres de Mar, Aire y Tierra,<sup>47</sup> que secundaron heroicamente al Generalísimo Franco (q. D. g.), en la obra ingente, salvadora de España, y a los Mártires que lo fueron por Dios y por la Patria, con todo fervor y admiración.<sup>48</sup>

Dios y Patria se convierten a partir de ese momento en un todo indisoluble en el pensamiento del autor. La inevitabilidad de la guerra, la misión salvadora del bando nacional y la sublimación del martirio se conjugan en sus líneas en un referente continuo a lo sobrenatural. Asimismo, la guerra no sería sino un capítulo más de una larga tradición de defensa del catolicismo frente a sus enemigos, que se remonta a las más antiguas épocas de la historia. Mito y realidad se entrelazan con la mayor naturalidad:

Huesca, confundida con sus defensores, martirizada tantas veces, puso de relieve de manera bien patente durante el largo asedio, su fervorosa devoción a su Santo Patrono, el Mártir San Lorenzo, preclaro oscense,<sup>49</sup> que en los albores del Cristianismo fue bárbaramente martirizado por los Sin-Dios, como estos meses lo fue su Ciudad también por los enemigos de Dios y de España.

San Lorenzo ha sido un símbolo de nuestro cerco, Huesca no fue aplastada por los malvados marxistas, ni estrangulada como otras ciudades de modo súbito y rápido, su tormento ha sido lento, pero continuo y progresivo, como el de su Santo Patrono

---

<sup>47</sup> Con una fórmula similar titulaba su libro, publicado en Zaragoza en fechas similares, GARCÍA MERCADAL, J.: *Aire, Tierra y Mar*. En esta obra, la fusión del relato de la contienda con los simbolismos religiosos alcanzan sus más altas cotas. La importancia concedida a las representaciones sacras queda consagrada, entre muchos otros, por pasajes como el siguiente, a tenor del sitio del Alcázar de Toledo: “Desde Zocodover, un día los energúmenos que cercaban el Alcázar gritaron a los heroicos refugiados, mostrándoles la imagen famosa del Cristo de la Vega, la que inspiró al poeta Zorrilla su leyenda ‘A buen juez, mejor testigo’.

—Aquí tenemos el Cristo de la Vega y lo vamos a quemar. Si sois católicos, bajad a impedirlo. Si vosotros hicierais eso con Lenin, nosotros lo impediríamos. ¡A ver si bajáis!

A martillazos destrozaron la célebre imagen, arrojando los trozos a una hoguera. Como dos de los salvajes no cuidasen lo bastante el no descubrirse, desde el Alcázar los mataron con certera descarga, cayendo sobre la hoguera y consumiéndose sus cuerpos con los restos de la imagen por ellos profanada y destruida” (GARCÍA MERCADAL, J., *Aire, Tierra y Mar*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1936, p. 151).

<sup>48</sup> MARTÍN RETORTILLO, C., *Huesca Vencedora. Algunos episodios de su heroica defensa*, Huesca, Vicente Campo y Comp<sup>a</sup>, 1938, p. 3.

<sup>49</sup> Si bien la tradición oscense establece su nacimiento en las inmediaciones de la ciudad, en la ermita de Loreto, también se han barajado como posibles lugares de origen Córdoba, Valencia, Tarragona, Zaragoza o incluso Roma.



*Efectos de los bombardeos en el interior de la catedral.  
(Fototeca de la Diputación de Huesca, fondo Vicente Plana)*

sobre la parrilla, y cuando en medio de tanto suplicio empezaba su agonía, Dios hizo el milagro y por sus soldados, los del ejército de Franco, la salvó; ya dijo Francisco de Quevedo, “como Dios de los Ejércitos unas veces nos amparó y estas fueron muchas, con nuestro Patrono Santiago; otras con la Cruz que echa a vencer a la misma muerte sabe darnos vida a todos, los que como estandarte de Dios acaudilla. Milicias fuimos suyas en las Navas de Tolosa, la diestra de Dios venció en el Cid, y la misma tomó a Gama y a Pacheco, y a Alburquerque por instrumento en las Indias Occidentales, para quitar la paz a los ídolos. ¡Quién sino Dios cuya mano es miedo en todas las cosas, amparó a Cortés para que lograsen dichosos atrevimientos cuyo premio fue todo un nuevo mundo!”. Otra vez la diestra de Dios, por mano de Franco, salvó a Huesca, salvó a España y al mundo entero del monstruo comunista.<sup>50</sup>

Junto con esta consustancialización de lo sagrado y lo pagano, el autor también recurre a la oposición identidad-alteridad a la hora de clasificar a los combatientes.

<sup>50</sup> MARTÍN RETORTILLO, C., *Huesca Vencedora...*, cit., pp. 9-10.



*Celebración religiosa en Esplús. (Fototeca de la Diputación de Huesca)*

Mientras de un lado resiste “la capital del Alto Aragón, la Ciudad de los Alfonso y de los Ramiro, la de los Almogávares...”,<sup>51</sup> del otro encontramos a las “hordas rojo-separatistas”,<sup>52</sup> a “la fiera comunista”.<sup>53</sup> Mientras la obra del bando nacional es caracterizada como típicamente hispánica, tanto en sus manifestaciones como en sus principios, la del

---

<sup>51</sup> MARTÍN RETORTILLO, C., *Huesca Vencedora...*, cit., pp. 5-6. Resulta más que destacable la utilización aquí de la figura del almogávar. Su uso como mito de la naciente “Cruzada” resulta sumamente difícil, tratándose de mercenarios catalanes que en torno a 1300 se pusieron al servicio de la “Reconquista” bajo el mando de diferentes soberanos, exclusivamente por intereses económicos y sin implicarse demasiado en los ideales de aquellos. A pesar de ello, Francisco Franco en persona (si bien bajo el seudónimo de *Jaime de Andrade*) volverá a referirlos como modelo a seguir a finales de 1940, cuando se debatía la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial, en un libro con claras aspiraciones de convertirse en filme: *Raza. Anecdotario para el guión de una película*. Tanto en el libro como en la subsiguiente versión cinematográfica (*Raza*, dirigida por José Luis Sáenz de Heredia) el almogávar aparece como un modelo hispano ejemplar en un diálogo padre-hijo que, sin embargo, no termina de resolver el equívoco:

JOSÉ: ¡Qué bonito es ser almogávar! ¿Cómo no hay ahora almogávares?

EL PADRE: Cuando llega la ocasión no faltan. Solo se perdió tan bonito nombre; pero almogávar será siempre el soldado elegido, el voluntario para las empresas arriesgadas y difíciles, las fuerzas de choque o de asalto... Su espíritu está en las venas españolas y surge en todas las ocasiones.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 6.

frente republicano es presentada como ajena a la verdadera tradición peninsular, como extranjera. La afirmación de la alteridad del bando gubernamental será, pues, otra de las constantes discursivas de la historiografía franquista, también en el Alto Aragón.

En *Nuestra guerra según el padre Vitoria* volvía a referirse a las críticas de los medios galos, a los que mencionaba como “los plumíferos franceses que hoy defienden a la horda roja”.<sup>54</sup> Intervención esta que vendría a su parecer motivada por la acción de la masonería internacional: “Tengo por seguro que es táctica Masónica el afán que se advierte en ciertas gentes de murmurar y desprestigiar a los hombres heroicos que han salvado a España o a las Organizaciones encargadas de crear y desarrollar un nuevo Estado”.<sup>55</sup>

En este libro, Martín Retortillo se sirve del pensamiento del padre Vitoria, dominico del siglo XVI, para justificar sin fisuras el alzamiento en una reflexión que chocaría de frente con las que hemos visto en los pensadores franceses al respecto de la legitimidad de la contienda:

El P. Vitoria justifica la guerra sin llegar al caso de legítima defensa, la asemeja a la “lucha contra los malhechores” para lo que es lícito “echar mano a la espada y usar las armas”. En estas simbólicas palabras el gran jurisconsulto español, parece que con un don profético insuperable, alude a la actual guerra de España provocada por la conjunción de ambos elementos, ya que podemos decir que es lucha contra los malhechores interiores y contra los enemigos exteriores.<sup>56</sup>

Estos malhechores interiores quedaban perfectamente identificados, en la pluma del padre Vicente Gracia, dentro del laicismo republicano:

Mientras España ha rezado le ha sonreído el poderío, el bienestar, la gloria; y ha decaído, se ha visto empobrecida y hecha una cenicienta en el concierto europeo en estos últimos tiempos de liberalismo fatal, de consorcio judío-masónico, de materialismo epicúreo, de republicanismos ateos, de olvido de Dios.<sup>57</sup>

Tal es así que la guerra queda materializada en sus textos como un castigo divino a las medidas secularizadoras republicanas.

---

<sup>54</sup> MARTÍN RETORTILLO, C., *Nuestra guerra según el padre Vitoria*, Huesca, Camilo Aubert, 1939, p. 15.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 6.

<sup>57</sup> GRACIA, padre Vicente, *Aragón. Baluarte de España*, Zaragoza, Talleres Gráficos El Noticiero, 1938, p. 15.



*Saliendo de la iglesia de Chimillas en procesión. (Fototeca de la Diputación de Huesca)*

Solo el retorno a Dios podía salvar a la patria de las circunstancias en que se veía envuelta: “No lo dejemos jamás, porque si Dios está con nosotros ¿qué nos puede importar el sovetismo ruso, el Frente Popular francés, ni todos los Comités de no intervención del mundo?”.<sup>58</sup>

<sup>58</sup> GRACIA, padre Vicente, *Aragón. Baluarte...*, cit., p. 42.



La identidad de España volvía a configurarse en la Nueva España en torno a su fidelidad a la religión católica. Religión que, además, se configuraba como único elemento de continuidad en su trayectoria histórica. Benito Torrellas, chantre-secretario del obispo de Huesca, llegaba todavía más lejos en esta idea: “Las brillantes gestas de nuestra historia no son algo esporádico. España está dispuesta a repetir las cuantas veces sea necesario si se cruza el ideal religioso”.<sup>59</sup>

En síntesis, que lo que se dirimía en España en esos momentos era una verdadera “Cruzada”, aparecía como un principio indiscutible a los ojos de los pensadores católicos oscenses y peninsulares.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Si la Guerra Civil indudablemente dividió a España del modo más cruento, significó también una fractura dentro del catolicismo. Aunque en el caso peninsular la disidencia fue escasa y estuvo personificada sobre todo en la figura de Vidal i Barraquer, que logró poner en jaque al Gobierno de Franco; en el caso francés supuso una ruptura más que significativa para los intelectuales cristianos, que pronto tomaron posiciones frente al horror que se vivía en ese momento al otro lado de los Pirineos. La virulencia del conflicto no podía dejar indiferente a nadie.

---

<sup>59</sup> TORRELLAS BARCELONA, B., *La Santísima Virgen en la Provincia de Huesca*, Huesca, Obispado de Huesca, 1955, p. 157.